



RECORDANDO A MILA

En 1970 se produjeron una serie de acontecimientos que dieron lugar a que Mila Gil-Mascarell y yo nos encontráramos casi en solitario en la Laboratorio de Arqueología de la Universitat de València. Algunos años antes Enrique Llobregat había sacado la plaza de director del Museo de Alicante; en 1969 Gabriela Martín voló a Recife (Brasil) y, finalmente, fue la muerte de Francesc el hecho que contribuyó a que D. Miguel Taradell partiera hacia Barcelona, antes de lo previsto. Con nosotras, adjuntas titular e interina, respectivamente, estuvieron durante un tiempo Bernat Martí y Gerardo Pereira para quienes la orientación profesional que resultó más viable estuvo fuera de esta universidad.

A pesar de que muchas veces compartimos la sensación de habernos quedado en cuadro, en una facultad que, como había ocurrido en el caso de arqueología había visto desfilarse en pocos años a muchas de las personas que le habían dado reputación de competente, nuestro pequeño grupo mantuvo muchas actitudes e iniciativas que provenían de la experiencia de los últimos sesenta, cuando ser joven universitario suponía ser capaz de innovar, independizarse y estar en la oposición. Hacíamos reuniones sobre teoría de la historia, cursos de estadística, discutíamos en seminarios sobre modos de producción, a la vez que manteníamos la publicación de los *Papeles del Laboratorio de Arqueología de la Universidad de Valencia* y celebrábamos el cincuentenario de la fundación

del propio Laboratorio, todo ello sin presupuesto académico; nunca hablábamos, por eso mismo, de dinero. Nosotras, como mujeres, vivimos esa etapa con muchas menos reservas que nuestros colegas masculinos. No digo que la asimiláramos mejor ni peor, sino que pusimos en ese objetivo de cambiar la idea de lo que era la investigación, de lo que era una clase o unas excavaciones, una ilusión franca y manifiesta, relacionada con nuestro momento vital, ajena al cálculo de nuestra propia promoción.

Mila había pensado orientarse hacia el estudio del Paleolítico pero Tarradell la convenció para que realizara una tesis sobre el poblamiento ibérico en el País Valenciano, trabajo que todavía hoy se consulta en ejemplar mecanografiado, porque nadie manifestó interés por su publicación. Con ese motivo tuvo ocasión de hacer algo que entonces le entusiasmaba: salir al campo a recorrer yacimientos. Ir a los lugares en su compañía era toda una lección porque se la veía más motivada y más locuaz al aire libre que en los espacios cerrados y porque era una mujer que amaba la tierra, sabía su lenguaje y entendía de sus frutos. Con ella disfruté en aquellos años paisajes desconocidos y discutí muchas veces acerca de cómo mejorar el conocimiento del territorio, de las vías de comunicación y de las áreas de influencia de una cultura, ligadas, en buena medida, a su geografía. Tal vez fuera ese planteamiento el que le llevó a centrarse en la problemática de la Edad del Bronce que ocupó sus últimos años. Su criterio sensato y de perspectivas amplias se centró esa época, crucial para entender los procesos de base de las culturas históricas. Con trabajos que destacan por su madurez, mantuvo tesis ponderadas en la interpretación de los fenómenos propios de ese proceso evolutivo que es la Edad del Bronce, ya que supo equilibrar los resultados teóricos y prácticos, aportando una visión dinámica y permeable del mapa arqueológico, ejemplificado en el área que mejor conocía, en torno a La Mola d'Agres que fue el yacimiento que excavó durante años, con la colaboración de José Luis Peña.

Como compañera, amiga, profesora, arqueóloga, como persona, en definitiva, Mila pasó entre nosotros demasiado sutilmente, sin imponerse, limando asperezas. Desde la añoranza de su presencia el Departamento de Prehistoria y Arqueología desea ofrecerle un número de la revista que ella contribuyó a mantener en pie, como homenaje de gratitud a su trayectoria profesional y humana.

CARMEN ARANEGUI GASCÓ
Catedrática de Arqueología